

Elizabeth Subercaseaux

La última noche
que soñé con Julia

alevosía 

A mi querido hermano Martín Subercaseaux Sommerhoff

1

Cierro los ojos y veo a Julia aquel día en la facultad, casi puedo sentir sus labios, el calor de su cuerpo. Desvelado en la misma cama donde dormí con ella los quince años de nuestro matrimonio, me parece escucharla hablando de tanta cosa: alguna anécdota de su jefe, que pasaba más tiempo en los restaurantes y en los bares que en la oficina; la eterna queja sobre el tamaño de nuestra cocina y los cajones atascados; el libro que estaba preparando con la pituca de las clases de cocina; la risa que le provocaban mis opiniones políticas. «Si no existieras habría que inventarte, Jonillo (nunca me gustó que me dijera Jonillo); tu izquierda unida jamás será vencida desapareció hace mucho tiempo, pero siempre tiene que existir un iluso pegado al pasado para que el mundo pueda progresar.

Miro a Camila y veo a su madre. La observo mientras fríe las empanadas de queso con el delantal de Julia, el mismo porte, la misma sonrisa, y vuelvo a prometerme: *Con ella voy a ser más cuidadoso, más comprensivo, nada podrá ser igual*. Sin embargo, me distraigo y me pillo prohibiéndole que entre al Lider, sermoneándola para que vaya a los almacenes chicos, recriminándola cuando va de compras sin la bolsa de género, criticando sus opiniones políticas. «Por favor, papá, déjame hacer las cosas a mi manera, yo pienso como se me da la gana, ¿okey?»

Sus modos son los de Julia, *actúa y piensa así porque Julia está soplándole cosas al oído*. Entonces me aterriza que me abandone, que un día alguien toque el timbre, un desconocido, anunciando que ha

llegado para llevársela. No me gusta que se aloje en casa de Marisa, la tía de Julia. Cada vez que se queda allá me da miedo de que la secuestre y me la robe. Una estupidez, Marisa no haría nada semejante. Camila tampoco se dejaría secuestrar.

Marisa es cuento aparte. No sé si alguna vez podrá reponerse del todo; la mirada perdida, palabras que no quieren decir nada, seguir haciendo el *kuchen* que a su sobrina le gustaba, como si existiera alguna posibilidad de que volviera a probarlo. «Es su manera de sentirla presente, papá, déjala.» (Julia habría dicho lo mismo.)

Luciano Orrego, el segundo marido de Julia, se encariñó con mi hija y no deja pasar más de tres semanas sin invitarla al cine, a pasear con sus sobrinos o simplemente a comer pasteles. Cuando Camila vuelve, no hago preguntas y ella tampoco me informa. Yo sé que quiere a Luciano, lo pasa bien con él, se ha hecho amiga de esos «primos». En todo este tiempo habré cruzado apenas unas diez frases con él. Al comienzo me inspiraba lástima, ahora lo único que quiero es relacionarme lo menos posible con la familia Orrego.

La gringuita sigue a cargo del café cerca de mi casa y yo sigo yendo a ese lugar todos los días. La gringuita es la única persona con quien me siento cómodo hablando de Julia, de los años que vivimos juntos, de esa mañana en la facultad cuando me sorprendió al besarme sin que yo hubiera hecho nada para que ocurriera el milagro. A la gringuita le he contado con pelos y señales nuestra semana de luna de miel en la hostería de Isla Negra. No sé por qué le habré confiado cosas tan íntimas. Tal vez por el afán de torturarme visualizando a Julia, recordando sus gestos, su olor, el tono de voz... no lo sé. La gringuita me escucha con santa paciencia. «Entiérala, Jonás, no sacas nada con seguir atormentándote, vas a tener que acostumbrarte.»

El mendigo sigue reclamando su cuota de pan en nuestra casa, la viuda del frente sigue echando a escobazos los perros que le desparraman la basura... la vida ha seguido rodando y la gringuita tiene razón, en algún momento tendré que enterrarla.

2

Jueves 10 de septiembre 2009...

Ignacio Alberti cruzó la sala de redacción. Un periodista levantó la cabeza haciendo un tibio gesto de saludo, los demás permanecieron embebidos en las pantallas. Su despacho se encontraba al fondo, separado del resto por un cristal empotrado en madera. La ventana estaba abierta y entraba el aire todavía fresco de comienzos de septiembre. Ignacio colgó su chaqueta en el respaldo de una silla y presionó el botón de la cafetera que la secretaria había dejado lista. Tomó la nota que uno de los periodistas había dejado en su escritorio y se dispuso a revisarla.

Entonces llegó la llamada.

—¡Ignacio! ¡Te llama Pastor Orrego! —gritó Claudia Guzmán—. Te lo paso a la diez.

Ignacio tardó un momento en levantar el fono.

¿Qué podría querer Pastor Orrego? Sabía de él por entrevistas, notas de prensa y su libro de memorias; Ignacio había sido íntimo amigo de su hijo Luciano cuando niño, pero hacía años que no iba a su casa. Al propio Luciano no lo había visto hasta el día en que se encontraron en el centro, entraron a un café y en tres cuartos de hora se pusieron al tanto de sus vidas. Luciano le contó que se había separado de Catalina y estaba saliendo con otra mujer. Ella tenía una hija de ocho años y pronto se irían a vivir juntos. «¿Cómo se llama?», había preguntado Ignacio. «Julia García. No creo que la conozcas.» «¿La mujer de Jonás Silva? ¿Esa Julia

García?» «¡Ah! Conoces a Jonás, no tenía idea», había comentado Luciano, y luego hablaron de otra cosa.

Ignacio conocía a Jonás Silva desde los tiempos de la escuela de arquitectura y por supuesto sabía quién era Julia, pero no tenía idea de que estuvieran separados... Tampoco había visto a Jonás en los últimos cuatro años. ¿O cinco? En realidad, no había visto a ninguno de los viejos amigos. Su propio matrimonio estaba haciendo aguas por todas partes, él y Alicia se apartaban de la gente que los había conocido como una pareja feliz. Alicia se iba los fines de semana a la casa de su mamá en Maitencillo y él se quedaba en Santiago, trabajando o sumido en alguna novela negra de Arnaldur Indriðason (las desventuras del inspector Erlendur tenían la virtud de hacerlo sentir afortunado). Y bueno, también estaba Valeria, pero a ella no la veía los fines de semana. Con Valeria se encontraba de lunes a viernes, a la hora del almuerzo, en un departamentito alquilado en la calle Lyon. Incendiaban las sábanas de la cama matrimonial, prácticamente el único mueble, y luego permanecían de cara al cielo mientras Valeria hablaba de sus cosas y él vagaba en una especie de bruma donde nada importaba demasiado. Apenas le prestaba atención. De vuelta en el diario prolongaba la jornada hasta bien entrada la noche, así evitaba volver a casa antes de que Alicia se hubiese dormido. Los viernes se reunían un rato en la cocina para solucionar asuntos domésticos, casi como dos extraños. Nada de lo que debían decirse se decían. Tampoco se agredían. Una conversación educada. Era insoportable. Verdaderamente insoportable. «Lo único que quiero es irme, escapar», declaraba Alicia, y subía a buscar el maletín que había dejado listo en la mañana. Escapar, ¿de quién? ¿De ese momento que ambos evitaban por temor a herirse?

Él era un cobarde. Eso al menos lo tenía claro.

A juzgar por la agitación de su voz el asunto debía de ser importante, aunque no quiso adelantarle nada por teléfono. «Vente inmediatamente a mi casa, necesito verte ahora mismo.» La voz del amo. Siempre había sido así, un hombre demasiado rico para

que alguien se atreviera a contradecirlo. Sin esperar respuesta, le preguntó si tenía un lápiz a mano y le dictó la dirección. Ignacio sonrió. Como si no supiera dónde vivía. Tal vez accionado por los recuerdos de infancia, cuando él y Luciano volaban a la sola voz del *pater familiae* que todos reverenciaban, dejó la nota que había empezado a revisar, se puso la chaqueta y salió corriendo del diario.

Lo encontró pálido, delgado, tan alto como siempre pero notablemente envejecido. No se había afeitado, el rostro mostraba un profundo cansancio. Estaba esperándolo afuera de la imponente reja que rodeaba la casa, en la vereda, como si no hubiese podido aguardar adentro.

—Hola, Ignacio, buenos días, gracias por venir tan rápido, no te habría importunado si la situación no fuera tan dramática —le pasó una mano tibia de huesos como alambritos y le indicó el sendero de gravilla que conducía a la puerta principal. Una vez dentro lo guió por la galería de mármol hacia esa biblioteca de la infancia donde armaban grúas y camiones con Luciano—. Adelante, por favor, disculpa el desorden, nos quedamos hasta la hora nona hablando... no te imaginas la noche que hemos pasado —musitó entre dientes.

Al entrar en esa habitación sombría que siempre le había producido una sensación sobrecogedora, Ignacio sintió un ramalazo de nostalgia. La pieza estaba al final de la galería, en la parte más silenciosa de la casa, donde sólo se oía el acompasado tictac de un reloj de péndulo en la habitación contigua. Era increíble que todo estuviese igual. Las mismas cortinas pesadas y ampulosas, las ventanas de marcos negros, la *chaise longue* de brocado y hasta el sofá de terciopelo azul. En el costado izquierdo, bajo una de las ventanas, la mesa donde él y Luciano despleaban las piezas del mecano. Pasaban horas ajustando tuercas y tornillos a las placas agujereadas, absolutamente concentrados, y una vez que terminaban de armar la grúa, el camión tolvero y el jeep, se echaban en el sofá para admirar su obra.

Ignacio paseó la vista por la habitación y vio vasos medio vacíos, ceniceros llenos de puchos, una botella de whisky, un plato con restos de sándwich.

—Estuvimos en la casa de Luciano hasta las dos de la madrugada y luego me los traje a todos para acá... Es tan absurdo, tan incomprensible, no lo entiendo, una locura... Perdona que me atarante hablando, no sé por dónde empezar. Siéntate, Ignacio. No te has enterado aún porque no hemos avisado a la policía. En algún momento tendremos que hacerlo, hoy, me imagino, una vez que hayan pasado veinticuatro horas. Déjame decirte que estoy preparado para lo peor, tengo un mal presentimiento, un presentimiento muy malo...

Sin entender de qué hablaba, Ignacio miró sus ojos cansados.

—¿Dónde está Luciano? ¿Le pasó algo?

En el taxi se había preguntado por qué lo llamaba Pastor Orrego y no Luciano, incluso intentó comunicarse con él, pero tenía el celular desconectado.

—Luciano está durmiendo, necesitaba descansar un rato, le dimos un sedante. No quise decirle que iba a llamarte, no lo habría permitido —miró hacia la puerta como si temiera que su hijo entrara en ese momento—. Después se lo explicaré, por ahora sólo necesito que me escuches, tú vas a poder ayudarnos... A ver, tengo que poner mis ideas en orden... Julia ha desaparecido.

—¿Julia García, la mujer de Luciano?

—Entiendo que conocías a su ex marido, pero no es por eso que te necesito. Fue anoche, en su casa, su nueva casa, tú sabes que hace poco se casó con Luciano y están viviendo en El Arrayán... Tú lo sabías, ¿verdad? —el viejo lo escrutó con una mirada extraña—. Hubo una fiesta de inauguración a la que fuimos todos, bueno, todos menos Elena, estaba complicada y prefirió no ir. No ha logrado hacerse a la idea de que Luciano se haya divorciado de Catalina y se haya casado con Julia... Ha habido algunos problemas familiares, no vamos a hablar de eso ahora, cada cosa en su momento, lo que quiero es aclarar mis ideas y concentrarme en lo de anoche —se sentó en una silla de ratán y siguió hablando en

voz tan baja que Ignacio alcanzaba a oír el tictac del reloj en la otra habitación—. Los invitados habían empezado a llegar a las ocho y media. Considerando que era día laborable, Julia había hecho especial hincapié en que la cena fuera temprano. Estaba radiante, feliz. La había visto varias veces antes, pues Luciano la había invitado a comer, pero nunca tan bonita como ese día. Había trabajado como loca en los preparativos, puso flores por todas partes, contrató a Christian Müller, que ahora se dedicaba a los banquetes y era amigo de Marisa Montes; hizo encarpar un pedazo del jardín por si hacía mucho frío. La verdad es que parecía una boda, y en cierto sentido lo era.

»Tengo que confesar que al principio no me gustó para nada la idea de ese matrimonio, no por Julia, no, de ninguna manera, pero soy a la antigua, sigo pensando que el matrimonio no es algo que deba lanzarse por la borda al primer problema; Luciano y Catalina no hicieron nada para salvar el suyo. Sin embargo, anoche, observando a Julia, no pude dejar de sentirme contento de que fuera ella la mujer con quien Luciano había decidido casarse. Se paseaba entre los huéspedes con ese modo gracioso y callado que le hemos ido conociendo, encantadora con todo el mundo. Me quedé en el patio interior porque hacía bastante frío y ella se encargó de llevarme un vaso de vino y un platillo de ceviche. Se quedó un buen rato sentada a mi lado hablando de sus planes, de lo contenta que estaba Camila de haber ganado otro abuelo. Me describió el invernadero y la huerta, que tenía casi lista para la primavera; la semana anterior había pasado varias horas trabajando la tierra con Gilberto, el jardinero. Habían estado picando, preparando almácigos, cavando un hoyo para hacer abono, y quedó tan embarrada que se había dado un chapuzón en la piscina aunque el agua estaba como el hielo y verde de hojas. Me habló con mucho cariño de ese campesino que la está ayudando, un hombre eterno de viejo, al parecer, pero fuerte como un roble, a quien le ha costado un mundo acostumbrarse a Santiago porque echa de menos los queltehues. En fin, es más o menos lo que recuerdo, una conversación larga en la que hablamos de todo un

poco. Fue muy amable conmigo, diría que especialmente amable, bueno, como cualquier nuera que se está estrenando, tú sabes. Esa fue la última vez que la vi.

—¿En qué momento se dieron cuenta de que no estaba en la casa?

—Hacia las diez y media de la noche Luciano llegó a preguntarme si la había visto. La estaba buscando para pasar a las mesas. La cena estaba lista y Julia parecía haberse esfumado de la faz de la tierra. Al poco rato la buscábamos por todas partes, bajamos al estero y recorrimos el sector, que es bastante grande. No sé si has estado alguna vez allí. La casa está en El Arrayán: por la parte baja del terreno pasa el estero del Arrayán, y hay una buena franja de tierra donde Julia construyó el invernadero y esa huerta de la cual me habló, pero es muy emboscado y oscuro, a mí no me gustó para nada, qué quieres que te diga; se lo dije a Luciano, no deja de ser peligroso para una niña pequeña, la casa está en un lugar donde el terreno cae abruptamente varios metros, pero, claro, qué me meto yo. La cosa es que empezamos a preocuparnos. Julia no estaba en ninguna parte, por extraño e incomprensible que parezca. Luciano llamó a las pocas amistades que no habían ido a la fiesta, al ex marido de Julia, a la Posta Central y a varias clínicas cercanas por si hubiese ocurrido un accidente. ¿Pero de qué accidente podría tratarse? Los dos autos seguían en el garaje. Si por algún motivo Julia hubiese huido tendría que haberlo hecho caminando o en taxi. Llamamos a los radiotaxis posibles, y nada. Pero dime, Ignacio, ¿por qué habría de marcharse en medio de la fiesta de inauguración de su casa, con sus amistades, su familia, nuestra familia, su propia hijita departiendo con todo el mundo? ¿Por qué?

Ignacio movió la cabeza de un lado a otro con expresión incrédula.

—¿Cómo estaba ella? Me refiero a si no estaría pasando por alguna depresión o algo por el estilo. ¿Estaba bien? ¿Contenta?

—Estaba perfectamente bien. No, no, no creo que vaya por ahí la cosa. Que yo sepa, Julia no tenía el menor problema, nada como para cometer una locura, nada como para irse de la casa en

medio de una fiesta en la cual ella misma había puesto su mejor empeño. Luciano me dijo que la notó un poco nerviosa antes de la llegada de los invitados, pero es natural que estuviera nerviosa. Acaba de entrar al clan Orrego, somos bastante avasalladores; además, existía la posibilidad de que a última hora Elena desistiera de su porfía y fuera conmigo a la fiesta. En fin, todo eso tiene que haberla inquietado. Lo cierto es que Julia quería que resultara perfecto, que las dos familias se conocieran y no hubiera roces ni problemas. Yo conozco a Marisa Montes, la tía de Julia, desde hace mucho tiempo; no sé si sabes que Julia es hija de Teresa Montes, una prima lejana de mi mujer, estamos emparentados, pero es una rama de la familia con la que prácticamente no teníamos contacto. Bueno, yo sí he tenido contacto con Marisa Montes, pero eso es algo de lo cual conversaremos después.

Ignacio se sintió incómodo. El viejo hablaba como si él estuviese muy enterado de los conflictos de la familia Orrego.

—Disculpe que le haga esta pregunta, don Pastor, ¿por qué la urgencia de hablar conmigo? Hace tiempo que no veo a Luciano... Sabía que estaba saliendo con Julia García y conozco a Jonás Silva desde los años de la facultad de arquitectura, pero hasta hace poco ni siquiera sabía que se había separado de Julia. Lamentablemente, nos hemos ido alejando Luciano y yo, y a Jonás tampoco lo he visto.

Pastor lo interrogó con la mirada.

—No es que nos hayamos distanciado intencionalmente, no, ha sido la evolución natural de las cosas, nada más. En todo caso me extraña que no le haya avisado a Luciano que yo iba a venir.

—Ya te dije, Luciano necesitaba descansar. Llamarte fue idea mía. En un tiempo eras parte de esta familia como otro hijo, ¿te acuerdas? Leo todo lo que escribes. He seguido muy de cerca tu carrera en el diario y siento un gran respeto por tu trabajo de periodista. Por eso recurrí a ti. Este asunto me pone los pelos de punta, Ignacio, tengo metido entre ceja y ceja que a Julia le ha pasado algo atroz, algo en lo cual ni siquiera me atrevo a pensar. Presumo que, tarde o temprano, sea lo que sea, se va a hacer

público. Cuando eso ocurra voy a necesitarte, obviamente, pero antes quiero pedirte un favor.

Ignacio tragó saliva. Tras la mirada vidriosa del viejo vio una sombra.

—¿Pero qué cree usted que pasó?

—No me atrevo ni a decirlo en voz alta...

—A qué se refiere.

—Creo que la asesinaron.

—Ésas son palabras mayores, don Pastor. ¿Por qué concluye que la asesinaron? Lleva apenas diez horas desaparecida. ¿No podría ser que haya tenido una pelea con Luciano, algún conflicto del cual usted no esté enterado? ¿Por qué habrían de asesinarla? ¿Quién? ¿Hay algo que no me está diciendo?

Pastor se levantó del asiento y se acercó a la puerta, echó la llave y regresó.

—Lo que voy a decirte debe quedar entre nosotros, no quiero que ni una palabra de lo que vas a oír salga de esta pieza, escúchame bien...